

MEDITACION.

DE LA COMUNION.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánta admiracion hubiera causado que los que solicitaban con tan viva fe y con tan encendido fervor tocar la orla de la vestidura de Cristo, ó besar sus sagrados piés, no fuesen curados de sus dolencias. ¿Y será menos digno de admiracion lo que estamos viendo cada dia en tantos enfermos del alma, que no solo tocan al Salvador, sino que le reciben todo entero en la Eucaristia, de que se alimentan, y con todo eso no sanan de sus espirituales achaques? Ni la virtud que entonces salia de Jesucristo se ha debilitado, ni su poder se ha disminuido, ni su bondad es menor. ¿De dónde nacerá que su preciosa sangre y su adorable cuerpo no produzcan el dia de hoy tantas maravillas? Los mismos accidentes, las mismas pasiones, los mismos defectos, las mismas flaquezas despues de la comunion que antes. Nos sobresaltaríamos, desconfiaríamos totalmente de la salud de un enfermo, en quien se experimentasen inútiles los remedios mas eficaces. ¿Pues en qué se funda nuestra seguridad despues de tantas comuniones sin fruto?

Toca Jesucristo con su divina mano un muerto que llevaban á enterrar, y el muerto resucita; la mujer que habia tocado la orla de su vestidura recobra su salud al momento. Hoy no es ya la fimbria de la vestidura del Salvador la que se toca en la comunion, tienes en las manos su cuerpo y su sangre, recíbese y se come; pero el alma se mantiene tan débil como o sinle hubiera tocado. ¿Qué pasion se ha vincido

despues de tantas comuniones? ¿qué vicio se ha enmendado? ¿qué virtud se ha conseguido? Una sola comunion bastaba para hacerme santo; puedo contar ciento y veinte, doscientas, mas de mil, y me hallo tan imperfecto, tan indevoto, y acaso mas vicioso que antes de tener la dicha de alimentarme con este celestial manjar. Reflexion es esta que debe estremecer á toda alma, en quien haya quedado algun rastro de religion; y mas cuando por desgracia nuestra nos sobran fundamentos para hacerla. Con efecto, ¿qué remedio podrá ya aprovechar á quien no aprovechan el cuerpo y la sangre del Salvador del mundo? ¿qué medicina será eficaz si esta es inútil?

El fastidio que nos causa el pan de los ángeles ¿será indicio de mucha santidad? El desaliento, la flaqueza, los achaques que padecemos despues de tantas comuniones, ¿no nos están anunciando una muerte próxima? ¡y con todo eso estamos tranquilos! ¡y ni aun pensamos en ello! ¡Ah fatal seguridad!

PUNTO SEGUNDO.

Considera hasta dónde llega la fineza de todo un Dios, que puramente por el amor que nos tiene quiere esconderse entre las especies sacramentales de la sagrada Eucaristia. Verdaderamente que no solo es un Dios el que nos ama, sino que nos ama como Dios. ¡Y que miremos con tanta indiferencia, con tanta frialdad á ese gran Dios en aquel mismo misterio en que echa el resto á los excesos de su amor! ¿no es este otro misterio aun mucho mas incomprendible? ¿Qué hombre, ni aun qué bárbaro que estuviese bien instruido de lo que creemos en este misterio, pudiera creer que amásemos tan poco á Jesucristo?

Para nada ha menester á los hombres este divino

Salvador; y con todo eso nada le parece el quedarse por ellos encerrado en una hostia hasta el fin de todos los siglos; ¡ tanto los ama , tanto gusto tiene en morar con ellos ! Por el contrario, los hombres nada son, y nada pueden hacer sin él, y en medio de eso nada se les da de que se quede ó no se quede en su compañía; tan poco se lo estiman, tan poco le aman y tan poco aprecio hacen de tenerle consigo.

Si una fatal experiencia no nos hubiera familiarizado con este monstruo de iniquidad, daríamos por segura nuestra eterna reprobacion á vista de la monstruosa indiferencia con que miramos á Jesucristo en la Eucaristia, singularmente despues de tantas comuniones sin devocion y sin fruto. Pero porque no nos atemorizamos, ¿dejaremos de tener menos motivo para atemorizarnos?

¡Qué debe pensar una persona en cuyo corazon entra Jesucristo con tanta frecuencia! Conviértese Zaquéo en el mismo momento que le recibe en su casa; ¡á la nuestra ha venido muchas veces sin convertirnos! ¡Oh Dios, y qué materia tan abundante para tristes, pero provechosas reflexiones!

¡Qué deben pensar esos hombres privilegiados, respetables á los ángeles mismos por su sagrado carácter! ¡esos sacerdotes del Altísimo que ofrecen cada día el divino sacrificio, y se alimentan con el Cordero sin mancilla! ¡Cuánta debe ser su pureza, su devocion, su fervor, su santidad! Calidades que pide indispensablemente la alta dignidad del sacerdocio. Ser sacerdote, y ser imperfecto, ¡oh y qué deformidad tan monstruosa!

Mas, ¡y qué deberán pensar esos mismos, si con sobrescrito de respeto se retiran de la sagrada mesa! ¿Cómo se mantendrán en el viaje, qué fuerzas tendrán para el camino sin la provision de este pan celestial? Quieren huir de la mesa de Jesucristo por no aban-

donar los vicios y las pasiones que los hacen indignos de sentarse á ella.

¡Ah Señor, y qué dolorosos remordimientos me causan estas reflexiones sobre toda mi vida pasada. Muchas veces os he recibido; pero ¿qué fruto he sacado de tantas comuniones, que con mucha razon puedo llamar indignas? Mi desvío de ellas no me hace mas inocente. Espero que con vuestra divina gracia la primera me ha de mudar enteramente, y voy á disponerme para hacerla.

JACULATORIAS.

Ecce, qui elongant se à te, peribunt. Salm. 72.
Perecerán, Señor, los que se desvian de tí.

Parasti in conspectu meo mensam, adversus eos qui tribulant me. Salm. 22.

Pusisteme delante de vuestra sagrada mesa para cobrar fuerzas contra los ataques de mis enemigos.

PROPOSITOS.

1. No comulgar porque uno se siente imperfecto, es huir del médico y de la medicina, por lo mismo que está enfermo. Comulgar y quedarse siempre en las mismas imperfecciones, es morir de hambre en medio de la abundancia; uno y otro indicio verdaderamente fatal. Malo está el que mira con horror las mas saludables viandas; no está mejor el que comiéndolas no le aprovechan. Pretexto especioso, pero vano, aquel afectado respeto de que algunos se precian para ocultarse á sí mismos su propia indevocion: no es buen espíritu el que desvía las almas de la sagrada mesa. Aun no son tan impios, que se atrevan á llegar á ella indignamente; conocen que es preciso disponerse para hacerlo, y esta disposicion los ata y los detiene

Es preciso privarse de ciertos gustos, mortificar los sentidos, vivir con algun recogimiento, retirarse, por lo menos, el dia antes de la comunión. A esto no se acomoda el amor propio, y recurre al artificio. Hácese presente aquel divino sacramento rodeado de todo su esplendor; la majestad, la santidad de un Dios oculto en las apariencias de pan, atemorizan; paréciese que va creciendo en su alma el respeto y el temor; y en lugar de inferir de aqui que deben reformarse para hacerse menos indignos de aquel celestial convite, concluyen que deben abstenerse de él, y con esta engañosa consecuencia queda desahogado el amor propio.

Reprueba siempre este error, y nunca te dejes caer en este lazo. Ten perpetuamente en la memoria los saludables consejos de san Francisco de Sales, y síguelos. « Si los mundanos (dice el santo) te preguntaren por qué comulgas tan á menudo, diles que para aprender á amar á Dios, para purificarte de tus imperfecciones, para librarte de tus miserias, para consolarte en tus aflicciones, para fortalecerte en tus flaquezas. Diles que dos géneros de gentes han de usar de la frecuente comunión: los perfectos, porque estando bien dispuestos harian muy mal en no acercarse á la fuente de la perfeccion y de la santidad; y los imperfectos para hacerse perfectos: los fuertes para no hacerse flacos; y los flacos para hacerse fuertes: los enfermos para sanar; y los sanos para no caer enfermos; y que como tú eres imperfecto, flaco y enfermo, tienes necesidad de comunicar frecuentemente con el que es tu perfeccion, tu fortaleza y tu médico. Diles que las personas del mundo que no están muy ocupadas deben comulgar á menudo, porque tienen comodidad; y las que están empleadas en grandes negocios no deben hacerlo con menos frecuencia, porque tienen necesidad de

mayores auxilios; y que el que trabaja mucho en labores muy pesadas necesita de alimentos mas sólidos, y de comer mas veces que otro. Diles que tú comulgas muchas veces para aprender á comulgar bien, porque regularmente se hace mal lo que se hace rara vez. »

2. Con todo eso, acuérdate que si se obliga á entrar en la sala del convite á los gotosos, á los ciegos y á los débiles, es con la precisa condicion de que todos hayan de entrar con la vestidura nupcial. A ninguno se le dispensa en las condiciones necesarias para comulgar bien. Prepárate siempre para la comunión desde la víspera; visita con este fin al Santísimo Sacramento, y proponte el fruto particular que deseas sacar de la siguiente comunión; no te arredre la dificultad, porque quien posee á Jesucristo se hace en cierta manera omnipotente.

DIA SEGUNDO.

LOS SANTOS MARCELINO, PEDRO Y ERASMO LLAMADO VULGARMENTE SAN ELMO, MARTIRES.

Era san Marcelino presbítero de la iglesia de Roma, y san Pedro exorcista de la misma hácia el fin del tercer siglo, y á principio del cuarto. La eminente virtud de Marcelino, y la santidad de su exorcista brillaban tanto en aquella capital del mundo, que no podian esconderse á la persecucion de Diocleciano en un tiempo en que todos los parajes estaban teñidos de la sangre de los mártires. El gran poder que el santo exorcista ejercia sobre los demonios irritó á todo el infierno, y este conmovió contra san Pedro todo el furor de los gentiles. Por su mucha reputacion, por